

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

JOAN PUIG



► Las pinturas de los alumnos del Patronat Domènech, en la calle de Puigmartí, ayer.

Un mercado con doble personalidad

Lo descubrí una noche antes de la luna llena de junio. Esa suma de persianas, ese edificio que de día es un punto neurálgico del barrio y que hasta ahora de noche era solo un mercado cerrado y lúgubre tenía de repente una personalidad nocturna. Había adquirido también algo de neurálgico: había quien le tomaba fotos y había quien se paraba y lo admiraba. El mercado de l'Abaceria Central, en Gràcia, mutó en junio, aunque al principio cueste verlo.

Acostumbrados a lo gris y al garabato que ya es plaga urbana en esta Barcelona donde el grafito como arte está prohibido, al transeúnte le cuesta ver que esas persianas ahora son un lienzo para niñas que piden «Llibertat, Justícia, Pau, Amor», para señores que persiguen mariposas o para cocodrilos multicolores.

Me topé con esa nueva personalidad del mercado cuando la pintura de espray ya estaba seca y, de repente, ese espacio dejó de ser un tramo amenazador y oscuro. Era una gran pieza de arte urbano que de alguna manera convertía esos metros de la calle de la Mare de Déu dels Desemparats –el nombre no ayuda– en agradables, en un paseo nocturno por una galería al aire libre. De he-

cho, esa noche fuimos varios quienes dimos la vuelta al edificio. Leo en la hemeroteca que lo pintaron el 16 de junio. Fue una iniciativa del colectivo de artistas Enrolla't en colaboración con la junta de comerciantes del mercado y el ayuntamiento.

Regresé a ayer a mediodía porque pensé que habría persianas cerradas. Según *Der Spiegel* hace un año que no dormimos la siesta, pero la comida aquí aún es ritual. Encontré persianas cerradas y fue así como

Cuando se bajan las persianas, el mercado de la Abaceria Central es galería de grafitos

descubrí al recolector de mariposas en blanco y negro, en la calle de Torrijos.

Isabel Muzás, puesto de ropa en el exterior del mercado desde hace más de 25 años, me mostró a esa niña pensativa y al corazón de frutas que decoran ahora su persiana. Los tenía en el móvil, había enviado la imagen a su hija, a una amiga en Miami que, hacía un mes, le había explicado que en su lugar de tra-

bajo había un mural con grafitos. La mujer estaba orgullosa de su persiana. Decía que había tenido suerte. Se preocupaba por eso de que alguien vaya y lo ensucie, pero ella misma se contestaba que ese es trabajo de artista y que entre los artistas se respetan. Frente su parada, en Travesera de Gràcia, hay una persiana garabateada y ella me la señalaba con miedo. Era ella quien me hablaba del dibujo de los niños en la calle de Puigmartí. Ahí encontraba una pared blanca, de pájaros azules y cuadros permanentes –en este caso son pinturas sobre madera– que representan las paradas del interior del mercado.

Maria Teresa Pujol me explicaba que son obra de los alumnos del Patronat Domènech. La que está detrás de su parada representa a una carnicería, está firmada por los niños y niñas de 11 años y es una verdadera preciosidad. «Es mucho más agradable así, da alegría. Esperemos que a nadie se le ocurra ensuciarlo», decía **Maria Teresa** con una caja con ciruelas y peras en las manos.

Recupero *El País del miedo*, de **Isaac Rosa**. El autor habla de espacios que nos hacen sentir vulnerables. No sé si los grafitos del mercado del mercado serían parte de esos elementos paisajísticos que ayudan a cambiar la percepción del espacio, pero la noche que lo descubrí eran varios los transeúntes que se iban sonriendo y hablando del pez luna. Nadie aceleraba el paso cerca del mercado cerrado. Ya no era un edificio lúgubre. ≡



cgaya@elperiodico.com